

SALOME ÜREÑA DE HENRIQUEZ

Por: Silveria R. de Rodríguez Demorizi



ANTECEDENTES (1)



ALOME UREÑA, la más insigne de nuestras poetisas, descendía de dos familias dominicanas muy antiguas: la familia Ureña y la familia Díaz. Ambas eran familias empobrecidas a causa de las vicisitudes de la Isla de Santo Domingo. Todos los antecesores de Salomé eran dominicanos, excepto unos que vinieron de Canarias en el siglo XVIII. Quizás los Ureña procedían de Santiago de los Caballeros, donde todavía es muy común el apellido.

Francisco Ureña, padre de Nicolás Ureña de Mendoza, era hijo de Carlos de Ureña y de Catalina Mañón, perteneciente a una familia que había sido rica y había tenido esclavos que tomaron su apellido. Se casó con Ramona de Mendoza, (hija de Josefa Valerio de Mendoza), de Santiago de los Caballeros. Francisco Ureña era dueño de una buena casa de altos, situada en la calle de las Mercedes, entre la del *Estudio* y la de los *Mártires*, hoy calle *Hostos* y calle *Duarte*, respectivamente.

Era hombre de mucho estudio y gran religiosidad. Cuando se sintió morir, se confesó extensamente, y su hijo Nicolás oyó al sacerdote que acababa de confesarlo, Dr. José María Bobadilla, decir en una reunión adonde llegó, sin saber que allí estaba el hijo del moribundo: "He confesado a un teólogo". A su muerte, Francisco Ureña dejó cuatro hijos; éstos han dejado descendencia, pero poco numerosa.

Nicolás Ureña de Mendoza, padre de Salomé, nació el 25 de marzo de 1822, en la casa No. 37 de la calle Mercedes. Fue un hombre de espíritu elevado y gran cultura. Desde muy niño comenzó a escribir versos. Cuando murió una de sus abuelas, a consecuencia de un vomitivo que le recetó un empírico, ensayó hacer versos por primera vez y escribió:

*El doctor González
a mi abuela mató,
con un vomitivo
que le recetó. . .*

Fue poeta, abogado de buena reputación, ocupó cargos de Senador y de Magistrado y se dedicó al magisterio y al periodismo. Tuvo una vida fecunda y abarcó todos los aspectos de la vida cultural en Santo Domingo. Entre sus poesías están *El Guajiro Predilecto*, que es del tipo de nuestros cantos populares; *Recuerdos de la Patria*, *A Sánchez*. Escribió canciones como *Las Serranas*; algunas Pastorelas y poesías de asuntos religiosos. Se complacía en hacer epigramas y dejó una serie con el título de *Epitafios*. Abarcó, pues, el género popular, el culto, el costumbrista y la oratoria. Murió el 3 de abril de 1875 en la misma casa en que nació (2).

Gregoria Díaz y León, (nació el 25 de diciembre de 1819 y murió en 1914), la madre de Salomé, era hija de Pedro Díaz y Castro, hombre de grandes negocios y que tuvo hatos y muchas tierras en el Este. Pedro Díaz, tenía entonces más de sesenta años, estuvo en la Puerta del Conde, en el acto de proclamación de la República, el 27 de febrero de 1844, acompañado de sus hijos Juan de Dios y Victoriano (3). Era hijo de Ignacio Díaz y de Teresa de Castro, hija de Josefa Mañón, hermana de Catalina, la abuela paterna de Francisco Ureña (4). Pedro Díaz se casó con Teresa de León, hija de Domingo de León y Fajardo, quien llegó a Santo Domingo entre 1760 y 1770, de Canarias, con su madre viuda, Teresa Fajardo; Domingo de León y Fajardo se casó con María Florentina de la Concha y Hurtado de Mendoza, dominicana. Por el lado materno los parientes de Salomé Ureña eran más numerosos que por la rama paterna.

De una hermana de Teresa de León, Beatriz, descienden los Contín, los Sánchez Guerrero y los Herrera. De una hermana de

Pedro Díaz, Gregoria Díaz de Peláez descienden los Echenique Peláez y los Marchena Peláez, entre éstos Eugenio Generoso de Marchena, el hacendista y político que fue víctima de Heureaux cuando aspiraba a la presidencia de la República; el Dr. Pedro Emilio de Marchena (hijo de Generoso de Marchena Peláez y de una hermana de Francisco Xavier Amiama), y los López Penha.

Nicolás Ureña de Mendoza y Gregoria Díaz de León, padres de Salomé, celebraron sus nupcias en la ciudad de Santo Domingo, el 25 de diciembre de 1847. Hicieron hogar de la casa No. 37, de la calle Mercedes. De esa unión nació Salomé Ureña y Díaz de León.

NACIMIENTO Y SACERDOCIO

Salomé Ureña fue poeta, maestra y madre.

Fue poeta y puede colocarse en el Olimpo junto a La Avellaneda y a Sor Juana Inés de la Cruz.

Se consagró el magisterio y ofrendó a su patria el más brillante grupo de maestras.

Fue madre y le dio a su Patria hijos eminentes.

Fue “una sacerdotisa en el aula, una pitonisa en el arte, un mentor en el hogar”.

En ese triple aspecto debe contemplarse a esta mujer que fue una de las figuras más altas de la América.

Salomé Ureña nació en la antigua ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana, el viernes 21 de octubre de 1850, a las 6 de la mañana, en el barrio de Santa Bárbara, antiguo solar de buenas familias, en la casa de su abuela materna, hoy calle Isabel la Católica número 84, junto a la casa de Juan Pablo Duarte. El Dr. Pedro Delgado y Ana Díaz de León, “la segunda madre en el hogar”, fueron sus padrinos (5).

La ciudad de su nacimiento era pequeña y tenía acentuado aspecto colonial: estaba rodeada de murallas con foso hacia el campo, y las puertas se cerraban como en el siglo XVI: por lo menos la Puerta del Conde de Peñalba. Muchos edificios estaban en ruinas: la Universidad de los dominicos, el Estudio que había sido Universidad de Santiago de la Paz, el Convento de San Francisco, el de la Merced, la iglesia de San Antón, la iglesia de San Nicolás, el Convento de Regina Angelorum, el Palacio del Almirante Diego Colón, muchas casas particulares. Como los edificios, las familias

estaban también arruinadas. Largos años de emigración continua habían empobrecido la ciudad.

El nacimiento de Salomé Ureña ocurrió poco después de la fundación de la República, durante el primer Gobierno de Báez; creció en un ambiente de discordias, entre mil luchas intestinas. Por lo mismo que vivió en una época de tanta agitación, de tan incesantes perturbaciones en el pueblo dominicano, su alma se agrandó con el dolor, y se hizo cada día más fuerte.

Salomé tuvo una niñez muy precoz. Su madre la enseñó a leer: a los cuatro años leía de corrido. Su infancia discurrió en las aulas de dos pequeñas escuelas de primeras letras, únicas permitidas entonces a las mujeres. En esa época las escuelas eran muy pobres, a tal extremo que no pasaban del catecismo. Decía Doña Manuela Rodríguez, “que las madres no querían que sus hijas aprendieran para que no les mandaran papeles a los mozos”; pero el padre de Salomé, hombre de letras, abogado y maestro, fue avivando en ella la llama de su espíritu y le dio la mejor educación literaria que se podía alcanzar en aquellos años.

Su amor al estudio hizo que muy pronto se distinguiera de sus compañeras de la infancia. Siempre fue lectora apasionada. Como todas las niñas de entonces, sus primeras lecturas debió hacerlas en el Catón Cristiano. Después leyó una traducción en prosa de la *Jerusalem Libertada*, del Tasso.

Sus lecturas y sus estudios de la adolescencia fueron hechos bajo la dirección de su padre, de quien recibió lecciones de Literatura, Aritmética y Botánica, por la que ella sentía gran pasión. Con su padre aprendió, además, a declamar los versos de sus poetas predilectos. Salomé tenía una “memoria extraordinaria”. La cantidad de poesías que sabía de memoria y solía repetir entre sus íntimos, lo mismo que su hermana Ramona, era incalculable. De Gallego sabía de memoria casi toda la oda al *Dos de Mayo*; de Quintana, recitaba largos trozos de la *Oda a la Invención de la Imprenta*. También conocía de memoria versos de Rodrigo Caro, de Rioja y de otros. Leyó mucho el *Parnaso* de Sedano y en general sus lecturas eran de clásicos españoles. Además, conoció bien la Literatura Francesa en su propia lengua, que ella y su hermana Ramona comenzaron a aprender con Alejandro Román, aficionado a las letras. Luego, ambas hermanas continuaron solas el estudio del francés, hasta dominarlo. Salomé aprendió más tarde bastante inglés. La literatura inglesa le

gustaba mucho. Tenía *sense of humour* a la inglesa y a veces hacía frases humorísticas de sabor inglés, como la que le dijo a su esposo en cierta ocasión en que estaba muy empeñado en ordenar su biblioteca, que él mismo desordenaba continuamente: “no te empees en desarrenglar el caos”.

VOCACION POETICA

Cuando era muy niña se complacía viendo pasar por la puerta de su casa a dos poetisas de aquel entonces, Josefa Antonia Perdomo y Josefa Antonia Del Monte, y llena de admiración exclamaba: *¡ésas hacen versos!* Nació poeta, “no fue que se hizo poeta como hay otros a fuerza de manosear ajenas poesías y de hojear los manuales de Retórica”. Heredaba la vocación: fue hija de uno de los primeros poetas dominicanos de su tiempo.

Desde muy temprano comenzó a cultivar su talento poético. A los 15 años escribió versos; a los 17 los publicó por primera vez, calzados con el seudónimo de *Herminia*, que llegó a ser totalmente conocido, al extremo de que en varias ocasiones en que conquistaba algún triunfo literario, eran designadas comisiones para presentarle parabienes a su persona (6).

En 1874 otra Herminia aparece firmando un artículo en prosa en el periódico *El Centinela* (7). Desde entonces Salomé firma sus versos con su nombre, y alcanza elogios como el de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien escribió que “para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a José Joaquín Pérez y a Salomé Ureña”.

Las poesías de Salomé Ureña se publicaban generalmente en periódicos de Santo Domingo, y en algunas ocasiones aparecían en periódicos extranjeros. Era tal el entusiasmo que producían sus poesías, que los jóvenes de *Amigos del País* se las aprendían de memoria y hasta las escribían en las paredes.

La Antología *Lira de Quisqueya* recoge diez composiciones suyas. En 1880 se publicó un volumen de sus poesías, patrocinada su publicación por la Sociedad *Amigos del País*. Este libro contiene treinta y tres composiciones y el poema *Anacaona*. Tiene un prólogo de Monseñor Meriño y una biografía de la citada Sociedad, escrita por José Lamarche. En 1920 se hizo una segunda edición de sus versos, más recomendable que la anterior. Tiene un prólogo, anónimo, escrito por su hijo Pedro Henríquez Ureña. En esta edición

han sido omitidos el poema *Anacaona* y nueve composiciones de las que figuran en la edición de 1880 (8).

PATRIOTISMO

Desde muy niña, Salomé Ureña alojó en su corazón la vehemente aspiración de Patria: había heredado de su abuelo y de su padre el sentimiento del patriotismo. Sus primeros años discurrieron en una época alternativa de paz y de guerra. Su infantil espíritu tropieza con la terrible Anexión a la antigua Metrópoli. El espectáculo de la guerra nacionalista contra España y luego las guerras civiles, acrecientan su amor a la Patria y hacen de Salomé la *poetisa patriota*. Ella es la primera que canta, por encima de todos los poetas de su época, el progreso y la civilización. Según expresión de César Nicolás Penson, ella “fue poetisa vaticinadora en cuyos épicos cantos predominaba siempre la nota patriótica con los encendidos y vehementes anhelos y alientos de titán. Vidente como los grandes vates de las revoluciones del espíritu, Olmedo, Heredia y Quintana, recogió la herencia de sus estrofas altivas y apasionadas, y sorprendió a la América y al mundo...”

En sus poesías no predomina el elemento puramente literario, sino lo que contribuye a dar mayor grandeza a su Patria. Hostos, al hablar de ella dice: “Cantó todo lo que sentía la sociedad de que formaba parte; y lo cantó con tal fuerza, con tal unción, que parece en sus versos la sacerdotisa del verdadero patriotismo”, y agrega: “indudablemente, lo más grande que hay en la poetisa dominicana es la *fibra patriótica*”.

Sonó con el bien de su patria y dedicó sus versos a inclinarla hacia la paz y el progreso. Esta preocupación patriótica llegó a sobreponerse a toda otra idea; sólo le animaba el deseo de hacer llegar su prédica a todos sus compatriotas. A través de su ardoroso patriotismo logra hacernos comprender mejor lo que es patria. En una de sus primeras composiciones al hablar de la patria dice:

*¡Oh! Patria, voz divina, sublime y dulce nombre
a cuyo acento el alma palpita de emoción...*

Ya para esa época llamaban la atención en Santo Domingo y en otros países de la América sus composiciones patrióticas. La nota del progreso y del amor a la Patria es el tema de todas sus poesías desde el año 1873 hasta el 1880.

La fama patriótica de Salomé Ureña alcanza tal altura que, en el año 1878, se le hace una apoteosis y se le entrega una medalla costeadada por suscripción pública; y su consagración como la figura más alta del parnaso dominicano queda en nuestros anales cívicos y literarios como una de las más bellas fiestas del espíritu (9).

Las poesías de Salomé Ureña están impregnadas de honda melancolía. Toda su tristeza proviene no sólo de su temperamento, sino principalmente del caos en que vivió su patria. Siempre torturada por el triste pasado de la República, clama en su poesía *A la Patria*:

*Tú sabes cuantas veces con tu dolor aciago
lloré tu desventura, lloré tu destrucción,
así cual de sus muros la ruina y el estrago
lloraron otro tiempo las hijas de Sión.
Y sabes que, cual ellas, colgué de tus palmares
el arpa con que quise tus hechos discantar,
porque el mirar sin tregua correr tu sangre a mares
no pude ni un acorde sonido preludiar.*

Son muchas las poesías de Salomé Ureña que pueden tomarse como ejemplo de ese fervor patriótico que tuvo tan honda influencia en el gran poeta Gastón Deligne, en cuyos versos dedicados a la poetisa muerta hacía esta afirmación y este elogio:

*Ella, al menos, mantuvo con su aliento
de una generación los ojos fijos
en el grande ideal. Aún llena el viento
la seductora magia de su acento,
y aún hablará a los hijos de los hijos. . .*

En 1881 comienza a sufrir nuevamente por las desgracias de su patria. Recientes perturbaciones políticas hacen que sus esperanzas patrióticas tengan grandes decepciones. El fracaso moral del gobierno de Meriño, le ocasionó profundo desconsuelo. Sus cantos patrióticos sufren una crisis. La poetisa escribe *Sombras*, y desde entonces en

muy raras ocasiones escribe versos. Pero *Sombras* no es un vano alarde poético. La decepción política es estímulo para la creación de un plantel educativo que contribuya a cambiar la sombría faz del País: el *Instituto de Señoritas* (10).

Sombras es un adolorido grito de patriótica angustia:

*Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.*

*Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.*

*¿No veis? allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.*

*Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.*

*¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto
sobre mi pecho la cabeza inclino.*

*Se estremece el alcázar opulento
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento:
¡bajo el peso se rinde que le abruma!
Conmuévase entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles,
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.*

*Venid, genios, venid, y al blando halago
de vuestros himnos de inmortal tristeza,
para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza.
Del urpa abandonada
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada,
y el infortunio azota
la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiración fecunda,
y la noche del alma me circunda.*

*Mas ¡ah! venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.*

*Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego:
que es grato, tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.*

Es curioso y sorprendente el caso de que una poetisa del estro de Salomé Ureña pudiera abandonar su lira por tan largo tiempo. Este silencio puede interpretarse como una protesta de su patriotismo. Esa tácita renuncia a los triunfos poéticos, engrandece aún más a esta mujer de fuerte espíritu, “apasionada de la patria, enamorada de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero y de lo justo”, que prefirió sacrificar los laureles de la poesía antes que volver a inspirarse en las crecientes desventuras de su patria.

Ya lo dijo en versos dedicados a Billini:

*Que si mi pobre lira
calla ante el vicio y la maldad del hombre,
siempre lo grande admira...*

Ella esperaba, para tomar el “arpa abandonada”,

*despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.*

SALOME EN EL HOGAR

Desde el año 1860 hasta 1880, Salomé Ureña fue a vivir, siempre con su madre y con su hermana Ramona, y además con Teresa de León y de la Concha y Ana Díaz León, a la casa No. 56 de la calle *19 de Marzo*. Su educación doméstica la recibió de su madre y de su tía Ana (Nana), “la segunda madre en el hogar”. Ana Díaz de León ejerció el magisterio de primeras letras durante sesenta años. No se casó nunca. Tuvo un carácter áspero y bondadoso al mismo tiempo. Sus sufrimientos los sobrellevó “con resignación, pero sin

paciencia". De esta tía y de Da. Gregoria, ambas austeras y laboriosas, recibió Salomé un ejemplo edificante. La madre de Salomé era católica practicante, pero no fanática. Ramona y Salomé se formaron en una atmósfera de fe cristiana, y asistían a la iglesia con su madre todas las mañanas, durante su primera juventud. Luego las obligaciones del hogar no les permitieron ir a misa sino los domingos. El ex-Convento Dominicó era la iglesia que acostumbraban visitar. Allí vio a Salomé, por primera vez, Francisco Henríquez y Carvajal, quien atraído por la fama de la poetisa, acompañado de un amigo se dirigió al ex-Convento en interés de conocerla. El amigo le señaló a las dos hermanas, pero no supo decirle cuál de ellas era la excelsa poetisa.

Desde la infancia, Salomé fue muy emotiva. Sufría por todo. Se le veía llorar sin motivo aparente. Esta disposición del ánimo perduró en ella toda la vida. Era noble de sentimientos y "su modestia fue tan grande como su mérito". Fue mujer de su casa. Soltera, pocas veces traspasaba los linderos de su hogar. No salió nunca del país, como ella misma lo dice:

*Así, aunque de otras playas jamás me ví en la arena
ni de otros horizontes las líneas contemplé. . .*

Sin embargo, a su hogar acudían altas mentalidades nacionales y extranjeras que rendían tributo de admiración a la ya esclarecida poetisa quisqueyana. El distinguido poeta venezolano Juan A. Pérez Bonalde, autor de la sentida poesía *La vuelta al hogar*, de paso por nuestra Ciudad Primada fue a rendir su homenaje de simpatía y de admiración a Salomé; departieron amigablemente y él le recitó lleno de emoción, húmedos los ojos por las lágrimas, la poesía en la cual describe, con intenso dolor, su triste llegada al hogar, cuando llamado por su madre enferma la encontró sin vida.

Años más tarde, Salomé Ureña leía conmovida esa poesía a sus discípulas amadas y les decía: "Quisiera que la hubiérais oído recitada por sus labios..."

Era afectuosa, con todos sus familiares; sentía gran entusiasmo por su padre, a quien quería entrañablemente; entusiasmo que ni la muerte disminuyó:

*Hoy, al entrar en tu mansión doliente,
donde reina silencio sepulcral,
nadie a posar vendrá sobre mi frente
el beso del cariño paternal.*

*Ninguna voz halagará mi acento,
ni un eco grato halagará mi oído:
sólo memorias de tenaz tormento
tendré a la vista de tu hogar querido.*

A pesar de que su hogar fue enturbiado con la separación de sus padres, cuando ella apenas tenía dos años de nacida, en su corazón éstos estuvieron siempre unidos. Ella vivió junto a su madre, pero diariamente visitaba la casa de su padre, a cuya muerte escribió una composición titulada *A mi padre*, en la que se muestra tal como era, y en que deja ver la profunda admiración y la ternura de su cariño por su progenitor.

Salomé Ureña tenía especial predilección por un rosal de magnolias que su padre cultivó en la casa solariega y que le sobrevivió por muchos años. En su hogar y en su escuela mostraba hermosos ramos de esas blancas magnolias, bellísimas y de delicado perfume. Ella aspiraba dulcemente la esencia de esas rosas y sus ojos se humedecían cuando llena de emoción refería a sus discípulas la historia de ese rosal querido, tan íntimamente ligado al bendito recuerdo de su padre.

En 1880 contrajo matrimonio con Francisco Henríquez y Carvajal, que andando el tiempo sería Presidente de la República. El 3 de diciembre de 1882, como para bendecir su hogar—escuela, y para que Salomé pudiera ostentar la sublime trinidad de poetisa, educadora y madre, nació el anhelado primogénito:

*Los cielos se inclinaron,
y descendió al hogar, entre armonías,
el ángel que mis sueños suspiraron
nuncio de bendiciones y alegrías...*

Salomé no descuidó sus deberes de madre por los del magisterio. Sus discípulas recuerdan que la cuna del primogénito siempre estuvo cerca de la madre:

*Allí duerme feliz, y no distante
yo de un libro las páginas hojeo;
levanto la cabeza a cada instante,
le contemplo dormir y al fin no leo.*

La inscripción del Instituto, al cual nos referimos más adelante, era cada día más numerosa y resultaba estrecho aquel local. Familia y escuela se instalaron entonces en la calle de la Esperanza, hoy *Luperón*, esquina *Duarte*. Ahí nacieron sus hijos Pedro y Maximiliano.

En 1884 nace Pedro Nicolás, su segundo hijo. A los cinco meses de nacido le sobreviene mortal enfermedad. Una de las discípulas predilectas de Salomé, Mercedes Laura Aguiar, recuerda la terrible y conmovedora escena: el niño en brazos de Monseñor Meriño para recibir las aguas del bautismo; la madre de rodillas en el suelo rogando a Dios que le salvara su hijo; los demás, todos en silencio. Llega el Dr. Juan Francisco Alfonseca y tomando al niño en sus brazos dice: "Monseñor, unos minutos a la ciencia". Después de algunas horas de terrible ansiedad, la fiebre cede y el niño se salva milagrosamente.

En *Horas de Angustias* la madre pinta maravillosamente este cuadro:

*Sin brillo la mirada,
bañado el rostro en palidez de muerte,
casi extinta la vida, casi inerte
te miró con pavor el alma mía
cuando a otros brazos entregué, aterrada,
tu cuerpo que la fiebre consumía...*

En 1887 escribe su poesía *¿Qué es Patria?*, inspirada en una pregunta que le hiciera su hijo Pedro, quien sólo contaba tres años: *Mamá, ¿qué es Patria?* Y ella responde:

*¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esta voz...*

La poetisa se complacía en leerles a sus discípulas las composiciones que escribía. Una mañana las reunió y llena de

emoción, con voz ahogada por el llanto, les leyó *Tristezas*, poesía escrita la noche anterior, inspirada en las palabras del *dulce primogénito*, cuando ya en la cama después de terminar sus oraciones, recordando al padre ausente exclamó:

*¿Tú no te acuerdas, mamá?
¡El sol qué bonito era
cuando estaba aquí papá!*

Cuatro años duró la ausencia del esposo, que había ido a Francia a perfeccionar sus estudios de Medicina. Cuatro años de angustias para la madre educadora. Aquella mujer de ánimo fuerte y de voluntad superior, vaciló abatida por la ausencia del esposo ante la terrible idea de perder a uno de sus hijos. Ese estado de espíritu, le inspiró su poesía *Angustias*.

*Torna a morir el sol. Así pasando
van de tu ausencia los terribles días,
en mi semblante pálido marcando
la huella de profundas agonías...*

*¿Podré cuando regreses a mi lado,
rico de porvenir, rico de ciencia,
presentarte el tesoro inmaculado
de este grupo de amor y de inocencia? ...*

*¡Acaba, llega! Que el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo;
que tiemblo por los hijos de mi alma;
que la vida sin tí me causa miedo!*

La horrorosa enfermedad del crup se desarrolló en esta ciudad. El suero salvador no había sido descubierto y era casi seguro que el niño que fuera atacado por la epidemia mortal, sucumbiría.

Desgraciadamente, su hijo Pedro contrajo la terrible enfermedad. Otro milagro fue realizado al ser salvado de ella, por el Dr. Alfonseca, quien años antes lo había librado de la muerte. Dos veces estuvo su hijo Pedro al borde de la tumba. En esta ocasión no fueron pocas las angustias de la madre ante el niño moribundo. Sentimientos distintos invadían su alma: su amor de madre, la

responsabilidad ante el esposo ausente; y, por último, quien sabe si, presintiendo la gloria que este hijo suyo sería para su tierra, consideró un deber de patriotismo arrebatarlo de la muerte para ofrendarlo a su amada patria.

Salomé sentía vivo placer en la educación de sus hijos. A todos les enseñó a querer a su patria. Ese amor creció con la maternidad y lo infundió en el espíritu de sus hijos. Dos de ellos, Pedro y Maximiliano Henríquez Ureña, heredan el intenso amor y las grandes inquietudes que ella sintió por su Quisqueya; y cada día, desde playas extranjeras, llegan a la patria "lejana y triste", como si fuera el eco del patriotismo de la madre, tributos de patriotismo de tan ilustres hijos.

El 9 de abril de 1894 nació Camila, su única hija. Mientras tanto, ella luchaba con la muerte, atacada de fuerte neumonía. Rebasó la gravedad, pero su salud quedó minada para siempre. Aparentemente restablecida de esa enfermedad, escribió su poesía *Umbrá—Resurrexit*:

Umbrá

*La mirada sin luz, la mente ansiosa,
corto el aliento al pecho,
en ruda agitación se va la vida...
Allá perderse en la penumbra vaga
miro las prendas del hogar benditas,
mis hijos, en su cándido abandono,
ajenos al amago
de la suerte sobre ellos suspendida,
y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
nublada por el llanto la pupila.*

Resurrexit

*Brota la luz en deslumbrantes ondas,
el aire al pecho afluye,
el espíritu absorto se reanima,
y cunde y se dilata en las arterias
el ritmo palpitante de la vida.
Y bajo el ala cándida que extiende*

*sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor esplende al día.*

Durante su quebranto, el esposo la hizo abandonar la ciudad natal, hacia Puerto Plata. Al pasar frente a San Pedro de Macorís, el poeta y crítico Rafael A. Deligne la saludó con sus versos *Alondro que viaja*, que comenzaban así:

*No ví su marcha, ni cruzó mi puerta;
mas es su vuelo tal, que el alma mía
se estremeció, despierta a la armonía,
de tanta gloria al esplendor despierta.*

*Que el genio, aunque se oculte, y viaje solo,
astro inmortal, o puro ser divino,
deja de luz un rastro, peregrino,
más que la aurora con que irradia el polo! ...*

Puerto Plata fue para ella delicioso oasis. Al llegar, Antera Mota de Reyes la saludó con una extensa y bella página en prosa, *Bienvenida*. Rodeada de cariños y atenciones y colmada de homenajes de admiración, pasó allí una feliz temporada que alivió su espíritu, pero no detuvo en su carrera la mortal enfermedad. Allí terminó su poesía *Mi Pedro*, que tenía inconclusa desde 1890 (11).

FEMINEIDAD

Salomé Ureña fue extremadamente femenina. Hostos, el Apóstol Antillano, al hablar de ella en una breve biografía, dice: "Los tributos poéticos de Salomé Ureña a los afectos, a los seres queridos, al hogar, a su digno esposo y a sus hijos, forman una serie de composiciones extraordinariamente subjetivas, pues todas juntas sugieren la certidumbre de que la poetisa *era además una mujer*; no hay ninguna de ellas que no sugiera algún sentimiento delicado, alguna recóndita sonrisa de complacencia, algún noble estímulo para la vida, alguna de esas tristezas reconfortantes que sirven de séquito, y a veces de ovación, al mérito moral e intelectual desconocido".

Como Juan Nicasio Gallego al estrenarse uno de los dramas de la Avellaneda, *¡Es muy hombre esa mujer!* exclama Alejandro Angulo Guridi en un arranque de entusiasmo al oír la composición de Salomé, *A mi patria*, leída por Francisco Henríquez y Carvajal en la velada de la Sociedad Literaria *Amigos del País* en que se le confirió una medalla. Cuando Angulo Guridi exclama: *Es muy hombre esa mujer!*, no se refiere a odiosos rezumos de masculinidad, a manifestaciones de bastarda masculinidad en sus versos, sino a la majestad de su inspiración; hombre también en la grandeza de la acción, pero femenina siempre en su actitud. Nunca fue hombre en la actitud esta mujer, de tan extrema femineidad que la mantuvo intacta en todo su constante afanar. De no ser así, ella habría sido digna de aplauso en un sentido, pero despreciable en el más sagrado, porque ni aun la gloria más alta vale en la mujer el sacrificio de su femineidad.

EN LA ESCUELA

Durante los años 1878 y 1879 se dedicó Salomé Ureña a ampliar su cultura científica y literaria. Francisco Henríquez y Carvajal, admirador del talento de la poetisa, cuyo nombre volaba ya en alas de la fama, la ayudó a completar su educación, y contrajo matrimonio con ella, en febrero de 1880, como se ha dicho antes.

En 1879 había llegado a la República Eugenio María de Hostos, a quien se le encomendó la organización de la Escuela Normal de Santo Domingo, en 1880, y de quien fue Francisco Henríquez y Carvajal activo colaborador.

Animada en su ideal por el compañero de su vida, fundó el 3 de noviembre de 1881 el Instituto de Señoritas, primer Plantel Femenino de Enseñanza Superior en la República, sin duda la escuela de mujeres más importante que ha habido en el país. Fue inaugurado con sólo 14 alumnas. Su consagración al magisterio fue tan radical que prefirió las duras glorias de éste, antes que los laureles de la poesía. Ya lo dijo Hostos: "La mujer quisqueyana no ha tenido reformadora más concienzuda de la educación de la mujer".

El Instituto de Señoritas ofrece un rápido triunfo espiritual, y en abril de 1887 se celebra la investidura de las seis primeras maestras: Leonor M. Feltz, Mercedes Laura Aguiar, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou. En aquella ocasión, en que Hostos pronunció uno de

sus más bellos discursos, Salomé Ureña rompe su silencio y escribe la historia de sus aspiraciones y de sus esfuerzos en *Mi ofrenda a la Patria*. Como a la noche sigue el día, esta poesía es, en su alma de patriota, como la esplendente continuación de *Sombras*:

*¡Hace ya tanto tiempo! Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita...*

El Instituto de Señoritas fue por largos años dulce y fecundo hogar para sus discípulas. La Maestra amada era madre y confidente de aquellas niñas "templadas al calor de sus anhelos". Gastón Deligne lo dijo en versos soberanos:

*¡Fue un contagio sublime! Muchedumbre
de almas adolescentes la seguía
al viaje inaccesible de la cumbre
que su palabra ardiente prometía...*

Después de la investidura de las Primeras Maestras Normales, fue Francisco Henríquez y Carvajal a Europa a perfeccionar sus estudios de Medicina, como se ha indicado anteriormente. Salomé se quedó al frente del Instituto de Señoritas. Sus discípulas graduadas la ayudaban en la faena.

Dos grupos de Maestras invistió, examinadas ante la Escuela Normal, siempre dirigida por el Sr. Hostos. Cuando el Dr. Henríquez regresó de Europa, el 6 de julio de 1891, encontró tan desmejorada la salud de su esposa y tan agotadas sus fuerzas que poco tiempo después la convenció de que necesitaba descansar. En diciembre de 1893 fue clausurado el memorable Instituto de Señoritas. Su historia se recuerda con cariño: fue la fragua en que se forjaron las maestras más ilustres que ha tenido la República. La mayoría de las maestras dominicanas de hoy, han sido discípulas de aquellas que se formaron a la sombra de Salomé Ureña. El Instituto permaneció cerrado hasta enero de 1896, en que fue nuevamente abierto. La reapertura se debió a las hermanas Luisa Ozema y Eva Pellerano Castro. Después de muerta la poetisa, sus discípulas le dieron al Instituto el nombre de *Salomé Ureña*.

LA MUERTE

La vida de Salomé Ureña de Henríquez se resume en dos hechos esenciales: soñó con el bien de su patria y dedicó sus versos a encaminarla hacia la paz y el progreso; después creyó que esto no bastaba, y se dedicó a la educación de la mujer. Hay dos momentos culminantes en su vida: el día en que se le entrega una medalla costeadada por suscripción pública, como homenaje a la cantora del ideal de una patria mejor; el día en que se gradúan sus primeras discípulas, prenda de algo que ayudaría a hacer mejor el destino de la patria. Su vida es corta; cuando va a gozar del necesario descanso, enferma para morir; y este final inesperado conmueve a toda la República.

El angustioso proceso de su muerte se inició en enero de 1897. El día dos regresó de Puerto Plata a Santo Domingo. El día ocho se sintió decaer, y a los quince días se agravaba: asistíanla los Doctores Ramón Báez, Salvador B. Gautier y J. F. Alfonseca. El esposo ausente llegó de Haití el siete de febrero. Se redoblaron los esfuerzos de la ciencia y del cariño hasta lograr apartarla por unos días de la tumba.

En ese momento de pasajera reacción, las amorosas almas que rodeaban a la enferma le recreaban el espíritu con la lectura de algunas poesías: *Sport*, de Acosta; *Brindis áureo*, de Chocano; *Síntesis*, de Andrés Mata; *Ars novum scribendi*, de Gastón Deligne; *Hicayagua*, de José Joaquín Pérez; *Preludio*, de Federico Baralt; *Notas para un álbum* de Eulogio Horta. *La mañana*, de Espronceda, tenía para la poetisa singular atractivo y fue una de las últimas poesías que pudo oír y celebrar una vez más.

Herida por un mal cada día más creciente, su vida fue apagándose poco a poco. Ella, mientras tanto, se despedía con frases edificantísimas, del esposo, de los hijos, de la familia toda, de sus discípulas predilectas, de los corazones atribulados que la rodeaban ansiosamente como a una flor que estaba a punto de deshojarse.

Murió rodeada del cariño de todos, el día 6 de marzo de 1897. Su entierro fue una manifestación cívica. Le dieron sepultura en la iglesia de las Mercedes, donde ofició Tirso de Molina. “Ante su tumba —exclama don Arturo Pellerano Alfau— el corazón se llena de congojas y la palabra se anuda en la garganta” y agrega: “Para su cuerpo es bastante ese lecho de tierra donde va a dormir el sueño eterno, pero para su gloria son ya pequeños los ámbitos de América”.

“Mujer de la Biblia”, la llamó César Nicolás Penson. Y el grande amigo de la poetisa, el poeta José Joaquín Pérez, recitó conmovido sus más dolientes versos ante la tumba de la excelsa cantora:

*Cuanto en su lira enalteció, se inclina;
cuanto su alma adoró con fe, ¡a llora;
apagado está el sol y nada brilla;
todo se desvanece y descolora...*

De ella dijo entonces el ilustre autor de *Enriquillo*, Manuel de Js. Galván: “El cuerpo yace inerte; será polvo mañana; pero ella, el espíritu que vibraba en las cuerdas de su armoniosa lira, que palpita a la sentida inspiración de los santos amores, que se exhala en ritmos de ternura, aspirando a la imposible realización, en este mundo de sus ensueños de virtud y de bien, ese no muere nunca. Ese espíritu, que animó a la ilustre poetisa dominicana, está hoy más vivo que ayer, y reposa complacido en el seno de la inmortalidad”.

Los periódicos de aquella época están llenos de artículos, versos y discursos, dedicados a la muerte de Salomé Ureña. Hostos, en una emocionante carta que dirigió desde Chile a Don Federico Henríquez y Carvajal, le decía: “Hay que llorarla! , son muchos los que estaban interesados en su vida: la patria, que no tuvo corazón más devoto; su discipulado, que no tuvo mejor luz; la mujer quisqueyana, que no ha tenido reformadora más concienzuda de la educación de la mujer; su familia, que no tenía mejor ambiente que el de aquellas virtudes morales y sociales tan sencillas; sus coetáneos, que no pudieron tener centro mejor en donde confluyeran tantas admiraciones motivadas, como en aquel cuerpo débil y alma fuerte, que era a la vez una sacerdotisa en el aula, una pitonisa en el arte, un mentor en el hogar”.

Ninguna muerte ha producido en la República sentimientos tan hondos. La muerte de Salomé Ureña fue duelo para todos los dominicanos. La lloraron de tal modo que le hicieron decir a Hostos, al Apóstol Antillano, su ferviente admirador, estas palabras memorables: *casi se puede haber soportado la vida, con tal de morir entre corazones tan amigos.*

NOTAS

(1) Este trabajo fue escrito a solicitud de la Unión Panamericana, de Washington. Se publicó un extracto en el Boletín de dicha institución, en abril 1942. En la preparación de este trabajo aprovechamos, además de las obras citadas, notas manuscritas del Dr. Pedro Henríquez Ureña, así como noticias verbales que nos comunicó en Cambridge, E. U. A., en 1941.

(2) Acerca de Nicolás Ureña, véase E. Rodríguez Demorizi. Poesía popular dominicana. C. T., 1939. vol. I. p. 215, (3) Pedro Díaz firmó el Acta de la Separación Dominicana, del 16 de enero de 1844. En una carta de Ramona Ureña a su sobrino Pedro Henríquez Ureña, del 15 de oct. de 1913, en que le habla de sus antepasados dice: "Teresa Fajardo, madre de Domingo de León, éste casado con Florentina de la Concha, padre de Teresa de León, su madre, (de Gregoria Díaz y León). Gaspar Díaz, padre de Ignacio Díaz, casó con Teresa de Castro y padre de Pedro Díaz, su padre, (de Gregoria Díaz y León). Nicolás Ureña, abuelas: Catalina Mañón y Josefa Valerio, madre de Ramona Mendoza (madre de Nicolás Ureña). Estos datos genealógicos están sujetos a las comprobaciones necesarias, en los registros del estado civil de Santo Domingo. (4) Francisco y Buenaventura Ureña Hernández pertenecen a la misma familia. El padre de éstos, Buenaventura Ureña, murió en Santo Domingo el 15 de febrero de 1889.

(5) Su única hermana, Ramona, nació el 26 de octubre de 1843 y murió en Santiago de Cuba en 1936. Ana Díaz murió en 1896. Ejerció por tres lustros el magisterio y enseñó las primeras letras a niños de cuatro generaciones.

(6) Como el padre de Salomé, don Nicolás Ureña de Mendoza, gozaba de fama como poeta, autor del Guajiro Predilecto y de otras composiciones no menos popularizadas, esto dio origen a que muchos negasen a la joven poetisa el derecho de autora de sus primeros versos. Mas, a la muerte de éste, todos quedaron convencidos de que la hija era mejor poeta que el padre. Una de sus primeras poesías publicadas fue Un himno y una lágrima, a la prematura muerte del joven poeta Lorenzo Puente Acosta, escrita el 5 de octubre de 1870. Apareció, con el seudónimo de Herminia, en el Boletín Oficial, S. D., No. 37, del 8 de octubre de 1870. Al pie de la poesía se lee esta nota, de la dirección del periódico: "Obedecemos a dos sentimientos diferentes publicando la siguiente composición: El primero de compasión hacia el joven desgraciado que la motiva; el segundo de nacional orgullo al ver los primeros lúcidos destellos de una compatriota nuestra que en el albor de su juventud sabe emprender tan rápido majestuoso vuelo hacia las regiones de la bella poesía en alas del entusiasmo y del sentimiento, la solas fuentes vívidas y puras en que se forman los hijos de Apolo".

(7) El citado artículo, Los dos calendarios, apareció en El Centinela, S. D., No. 3, del 12 de febrero de 1874. En la edición siguiente, del 19 de febrero, apareció este suelto aclaratorio: "El artículo intitulado Los dos calendarios, que publicamos en el número 3 de El Centinela, firmado Herminia, no pertenece a la brillante pluma de nuestra inspirada poetisa, que

—como todos sabemos— oculta modestamente su nombre bajo ese seudónimo. Por un olvido no pusimos al pie de dicho artículo la nota debida, pero nos apresuramos a hacer esta declaración, porque conocemos la acendrada modestia de nuestra célebre cantora. Diremos de paso que en lo adelante nos favorecerá con sus brillantes composiciones, que son una de las más bellas joyas de nuestra pobre literatura”.

(8) De la obra poética de Salomé Ureña hay dos ediciones:

Poesías de... coleccionadas por la Sociedad Literaria Amigos del País y publicadas por la misma con la cooperación de varios municipios, sociedades e individuos particulares. Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos, 1880. XV—214 pp.

—Contiene 33 composiciones líricas y la leyenda poética Anacaona, precedidas de una breve biografía de la autora escrita por José Lamarche, y un prólogo de Fernando A. de Meriño.

Poesías. Madrid, 1920. XIV—142 pp.

—Edición preparada por el Dr. Pedro Henríquez Ureña, autor de la Introducción y de las notas. Comprende 46 composiciones: de la edición de 1880 se omiten nueve, así como la leyenda Anacaona.

Además de Salomé Ureña se conservan algunas poesías inéditas o no incluídas en las citadas obras. Sus escritos en prosa son bastante escasos: apenas algunos discursos y cartas.

(9) Fueron muchos y frecuentes los tributos de admiración y simpatía que mereció en vida Salomé Ureña, sin que por nada se quebrantase su modestia. Fue socia de Mérito y Honor de las Sociedades Amigos del País, de Santo Domingo: de la Fe en el Porvenir, de Puerto Plata; y de casi todas las Asociaciones benéficas, literarias o artísticas de la República. Fue, también, Miembro Honorario del Liceo de Puerto Príncipe, de Cuba, y de la Sociedad Literaria Alegría, de Coro, Venezuela.

(10) La poesía Sombras fue plagiada en Honduras. Véase al respecto, el periódico El Teléfono, S. D., No. 181, año 1886.

(11) La poesía de Digne se publicó en el Listín Diario, S. D. del 6 de julio de 1896. En Letras y Ciencias, se publicó Intima, de Leonor M. Feltz, en que la ejemplar alumna de Salomé lamentaba no haber podido ir a despedirse de su amada Maestra. Mercedes Laura Aguiar, otra admirable discípula de Salomé, escribió entonces su página Súrsum Corda, inspirada en la poesía Mi Pedro, citada, única que escribió Salomé desde su enfermedad: en realidad, sólo agregó las dos estrofas últimas, ya que las cuatro primeras eran de 1890.

BIBLIOGRAFIA (*)

Aguiar, Mercedes Laura.— Rasgos de la vida de Luisa Ozema Pellerano de Henríquez C. T., 1940. (Discurso)

Bazil, Osvaldo.—Parnaso dominicano. Barcelona, 1915.

—Parnaso antillano. Barcelona, 1916.

Castellanos, José.—Lira de Quisqueya. Santo Domingo, 1874.

—Recoge diez poesías de Salomé Ureña, precedida de una breve biografía.

Coester, Alfred.—Historia literaria de la América Española. Madrid, 1929, pp. 493—494.

Coiscou, Máximo.—Notas sobre Salomé Ureña. En la revista La Primada de América, S. D., 15 Dic. 1917.

Contín Aybar, Pedro René.— Antología poética dominicana, Santiago, 1943.

—Recoge, precedidas de una apreciación crítica, tres poesías de S. Ureña: La llegada del invierno, Ruinas y Mi ofrenda a la Patria.

Darío, Rubén.—Letras, París, 1911.

Deschamps, Enrique.—Duelo. Necrología. En Listín Diario, S. D., 8 marzo 1897.

Deligne, Rafael A.—Salomé Ureña. En el Cable, San Pedro de Macorís, 1893.

El Cable. San Pedro de Macorís, 31 de mayo de 1897. Edición extraordinaria. Contiene trabajos, verso y prosa, de L. A. Bermúdez, Gastón F. Deligne, Rafael A. Deligne, F. E. Richiéz, Aminta J. Castillo Martínez, Moisés de Soto, Octavio A. Acevedo, Ml. Leopoldo Richiéz. E. Gómez Alfau, Matilde O. Richiéz, Ana Teresa Acevedo, Dolores Fuentes, Pedro A. Pérez, Clara Luz Núñez, Mercedes Soto y Guerrero, Isolina de Soto, Ana García y Guerrero, Francisco A. Valdez, Armando Brea, Mercedes Luisa Bermúdez, Enrique J. Richiéz, Isolina Zayas Bazán y T., Serafina Travieso y Cohén, Lucrecia de Zayas Bazán y T., Antonio María Brea, Manuela Bonilla de Leyba, Severita A. Morel Bobadilla, E. Morel, Altagracia Castillo de Vilomar, A. Read de Morales, Hena A. de la Rocha, Mar. Luisa H. de Castillo, María C. Brea, Alfredo Pellerano. A. Montaña, F. Richiéz Dicoudray, María M. Soto, Josefa A. Soto, Eliardo Scotto I., Enerolisa Vilomar, Francisca Vallejo de García, J. R. Monzón, Rafael Santoni, Matilde Núñez, C. Lince, M. A. Miranda, María Mercedes de Soto, Julio de Soto, Eva Rodríguez, Julia Pichardo, A. M. Bohadilla, Octavio Giraudy, F. Castillo, E. Vaegas hijo, Jaime A. Sasso, J. B. Montolío Germán.

El Estudio.—S. D., 1878—1879.

—Artículos con ocasión de la medalla ofrecida a Salomé Ureña, escritos por Francisco Henríquez y Carvajal, José Dubeau, Pablo Pumarol, Juan Isidro Ortea, etc.

Instituto de Señoritas.—Investidura de las primeras laureadas Maestras Normales de la República. Santo Domingo, Imp. Quisqueya, 1887, 76 págs.

—Las graduadas fueron Leonor M. Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Catalina Pou y Altagracia Henríquez Perdomo, discípulas de Salomé Ureña de Henríquez. Contiene: Tesis y discurso de las graduadas; discursos de Hostos, J. T. Mejía, Eugenio de Marchena, J. Arismendi Robiou, Lucas Gibbs, P. Barón Coiscou; poesías de Salomé Ureña de Henríquez, Emilio Prud—Homme, César N. Penson, Arturo B. Pellerano Castro y Fed. Henríquez y Carvajal; y documentos diversos.

García Calderón, Francisco.— Les démocraties latines de L'Amérique. París, 1912.

García Godoy, Federico.—Recuerdos y opiniones. Santiago, 1883.

García Godoy, Federico.— La literatura dominicana. En *Revue Hispanique*, 1916.

Henríquez y Carvajal, Federico.— Salomé Ureña, eminente poetisa dominicana. En el *Estudio*, S. D., 15 feb. 1879, No. 2.

Henríquez Ureña, Pedro.—Cuadernos de poesías dominicanas. Manuscritos. En el Museo Nacional, C. T.

Henríquez Ureña, Pedro.— Cien de las mejores poesías castellanas. Buenos Aires, 1939.

Henríquez Ureña, Pedro.— Véase el capítulo Santo Domingo, en Prampolini. *Historia Universal de la Literatura*, ed. española, vol. XII, 1941.

Heredia, Nicolás.— Salomé Ureña, En *El Nacional*, S. D. 1 abril 1876.

Hostos, E. M. de.— Véase: Rodríguez Demorizi, Hostos en Santo Domingo.

La Escuela Normal y el Instituto de Señoritas. Santo Domingo, 1933.

—Contiene una poesía y dos discursos de Salomé Ureña, y trabajos de Hostos, Francisco Henríquez y Carvajal, Mercedes Laura Aguiar, Pedro Henríquez Ureña y Leonor M. Feltz.

Letras y Ciencias, S. D. Nos. 117—36 de 1897.

—Ediciones consagradas a la memoria de Salomé Ureña total o parcialmente. Trabajos en prosa y verso de: José J. Pérez, Ml. de Js. Galván, Ml. de J. de Peña y Reynoso. Rafael Abreu Licairac. Frco. Henríquez y Carvajal. Gastón F. Deligne, Félix María Del Monte, Augusto Franco Bidó, Bartolomé Olegario Pérez, Mercedes Mota, Federico García Godoy, J. E. Otero Nolasco, Rafael A. Deligne, Julián de la Rocha, Emilio Prud'homme, Ana Josefa Puello, Arturo B. Pellerano Castro, J. E. Moscoso, W. Figuereo, C. N. Penson, Carlos T. Irwin, Josefa Andrade Bertí, Mercedes M. Moscoso, Mercedes Laura Aguiar, M. A. Garrido, L. A. Bermúdez, E. Virginia Ortea, Félix María Nolasco hijo, Francisco de la Fuente Ruiz, J. Dubeau, E. M. Hostos, Francisco J. Machado, Estela Mangual.

Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Historia de la poesía hispano americana. Madrid, 1911, vol. 1, p. 310.

Listín Diario, S. D. 8 de marzo 1897.

—Edición dedicada a Salomé Ureña. Trabajos, prosa y verso de Ml. de Js. Galván, José Joaquín Pérez, Rafael Abreu Licairac, Eulogio Horta, Ml. de Js. de Peña y Reynoso, Francisco Henríquez y Carvajal y Enrique Deschamps.

Lugo, Américo.—Bibliografía, S. D., 1906.

Lugo, Américo.—Véase Prólogo a la novela Pinares adentro, de P. M. Archambault, Barcelona, 1929.

Machado, F. J.—Salomé Ureña. En el Lápiz, S. D., Nos. 6 y sig., 1891.

Mejía, Abigail.—Historia de la literatura dominicana. C. T., 1939.

Olmo, Vicente de.—Salomé Ureña. En La Opinión, C. T., 4 oct. 1940.

Penson, César Nicolás.—Coronación de la eminente poetisa dominicana Salomé Ureña, 22 diciembre 1878.

—En Recortes de periódicos de Penson, p. 152, Biblioteca de E. R. D., C. T.

Penson, César Nicolás.—Resultado trascendental del acto de Investidura de las primeras maestras normalistas. En Boletín del Comercio, núm. 79, S. D., 1887.

Penson, César Nicolás.—Reseña histórica-crítica de la poesía en Santo Domingo, Santo Domingo, 1892.

Peña y Reynoso, Ml. de Js.—Crítica de la lira de Quisqueya. En el periódico El Eco del Yaque, Santiago, 1874.

Pérez, Federico Benigno.—Semblanzas dominicanas. Santo Domingo, 1893.

Prud'homme, Emilio.—Panegírico de Salomé Ureña, en la revista Ciencias, Artes y Letras, S. D., 30 mayo 1897.

Rocco Cochía.—Cristofore Colombe e le sue ceneri. Chieti, 1892, p. 243.

—Dice: "Due anni fa gli americaniste convennero nuovamente a Parigi, e San Domingo vi mandó per la prima volta un suo rappresentante in persona del sig. Francesco Henríquez Carvajal, a meben noto per abilitá e talento. (Eglie é sposo di una vera poetessa, delle piú robuste di America, Salomé Ureña)".

Rodríguez Demorizi, Emilio.—Hostos en Santo Domingo, C. T., vol. 1, 1939, pp. 27 y 213; vol. II, 1942, pp. XXXII, XLIV, XLVIII, LII, LXI, LXVI, 39, 47, 63, 185, 192, 216, 225, 269, 272, 297.

Rodríguez de Tió, Lola.—El libro de Salomé Ureña. En El Eco de la Opinión, S. D., No. 76, 5 Nov. 1880.

Román, Alejandro.—A Salomé Ureña, Poesía. En el periódico La Opinión, S. D., No. 43, 19 marzo 1875.

Sánchez, Rafael Augusto.—Salomé Ureña de Henríquez. En Analectas, S. D., Vol. IV, No. 12, p. 133, 24 junio y 16 sept. 1934.

(*) En esta reseña bibliográfica no se agota la materia: es sólo una guía para el conocimiento de Salomé Ureña.

SILVERIA R. DE RODRIGUEZ DEMORIZI. Licenciada en Filosofía y Letras, escritora; esposa del historiador don Emilio Rodríguez Demorizi. Dirección particular: Mercedes 81. Santo Domingo.